

AÑO 1.º

Santiago - 30 de Noviembre de 1890.

N.º 3.

A PEQUEÑA PATRIA

REVISTA DECENAL

Literatura DE Ciencias y Artes

CONTINUACION DE

GALICIA HUMORISTICA

DIRECTORES-PROPIETARIOS

ENRIQUE LABARTA POSE - JOSÉ TARRÍO GARCÍA



E. de Euzola



SUMARIO.

Texto.—*Gallegos distinguidos*, por J. Tarrío García.—*Conversación decenal*, por Adolfo Mosquera.—*Cantares*, por Emilio Alvarez Jimenez.—*Doña Pepita*, por Moises G. Besada.—*Rima*, por Salvador Golpe.—*Os aparrecidos*, por Antonio de la Iglesia.—*Epigramas*, por Luis A. Mestre.—*El hombre de la foca*, por Marcelino Sors Martinez.—*¡A la lid!* por Enrique Labarta Pose.—*Charadas*.

Grabados.—*Retrato de Eusebio da Guarda*, por Román Navarro.

GALLEGOS DISTINGUIDOS.

EUSEBIO DA GUARDA.

Si el balance de los que dedican sus energías psíquicas á hacer subir el nivel intelectual de Galicia, arroja un activo que puede echarse á refir con el de cualesquiera otras provincias de España, en cambio, no sucede lo propio si se pasa revista á los que emplean su actividad y su fortuna en su mejoramiento y progreso materiales. Al revés de lo que acontece en otras partes, apenas si contamos dos ó tres personalidades que, con generoso desprendimiento utilicen la poderosa palanca del dinero para dotar á Galicia de lo mucho de que carece y es moneda corriente en regiones más afortunadas que la nuestra.

Y no se arguya que aquí carecemos de esas pingües fortunas que en otras regiones son la savia de su adelantamiento, pues no puede admitirse tan especioso como manoseado argumento, porque, amen de que no es rigurosamente cierto, nadie osará negar cuanto puede y los milagros que realiza el espíritu de asociación, que al sumar energías produce en el orden económico el efecto útil que, en el físico, engendran la suma de calorías.

Ahi está la industriosa y fabril Cataluña demostrándolo por modo asaz elocuente.

Por eso estimamos justísimo el insignificante homenaje que hoy tributamos al ilustre patricio coruñés D. Eusebio Da Guarda, al hombre que exento de bastardos egoísmos y miras mezquinas, consagra no pequeña parte de su actividad y de su fortuna en pro del adelanto de su pueblo natal.

Impelido por su decidida vocación al comercio, hubo de abandonar la azarosa vida de la marina mercante á la que dedicó los primeros años de su juventud, prefiriendo los vaivenes y reveses del tráfico comercial á los riesgos é inciertos resultados de la vida de mar.

Presto demostró palmariamente que su vocación le había llevado por buen camino, pues, sus raras dotes para el cálculo y ese delicado y fino olfato que percibe á distancia los menores accidentes de los grandes negocios mercantiles, diéronle pronto la posesión de un ri de oro que inundó con sus codiciadas aguas las cajas de su prestigiosa casa de banca, y cuyo cauce hubieron de ensanchar su incansable actividad y su proverbial honradez, jamás desmentidas.

Al ver como la marea de su crédito subió con rapidez, no parece sino que el señor Da Guarda, logró poseer á maravilla los secretos de la crematística.

Como el Sr. Da Guarda aun hay algunas personalidades para quienes la veleidosa fortuna no se mostró ni desdefiosa ni esquiva, pero como la de él hay pocas que hayan hecho partícipe de sus favores al pueblo en que nació, y en cuyo seno habrán de descansar en paz sus mortales restos.

Como él hay pocos que cifren su mayor placer en dotar á su pueblo natal de importantes mejoras. que han de refluir en su prosperidad y desarrollo. Bien robustecen y pregonan nuestra aserción la famosa *Capilla de San Andrés* con su amplia y hermosa fábrica, con la que, á la par que satisfizo apremiante necesidad de la población herculina, dió ocasión á nuestros artistas y arquitectos de lucir sus talentos y aptitudes; el soberbio y extenso edificio destinado á *Instituto de 2.^a enseñanza*, en cuyas aulas verán los hombres de letras del porvenir cuanto pueden la liberalidad y la munificencia.

Aunque bastarían dichas obras para hacer imperecedera la memoria del señor Da Guarda, tan importantes y valiosas donaciones no son más que los comienzos de un vasto programa de mejoras.

Su patriótico desinterés recuérdanos los nombres venerandos de los Sanclementes, Rajoy y Losadas y tantos otros ilustres varones que, con sus virtudes y amor á este país acrecieron el prestigio de la silla de Gelmírez, y sellaron su paso por la Iglesia compostelana, dotando á la capital de su archidiócesis con grandiosos y severos monumentos.

Para dar más quilátes á su patriotismo no le faltaron al Sr. Da Guarda los punzantes desengaños y sinsabores que llevó á su

ánimo esforzado la mareante pretensión de un discutido derecho de propiedad sobre la primera de sus obras....

Hoy la entusiasta y culta capital coruñesa dispónese á erigir una estatua á su ilustre patricio y bienhechor D. Eusebio Da Guarda, para que, á la vez que sea perenne

muestra de los sentimientos de un pueblo agradecido, sirva de provechoso estímulo á los que, bien quistos con la suerte, puedan cooperar al incesante progreso de los pueblos.

J. TARRÍO GARCÍA.



En todos los libros de cocina, así antiguos como modernos, he leído que, para guisar un conejo lo primero que hace falta es.... el conejo.

Pues bien: aplicando la advertencia de los autores culinarios al caso presente, puedo decir yo que, para confeccionar una revista lo primero que se necesita es material con que urdirla; esto es, sucesos de alguna importancia acaecidos dentro del periodo de tiempo que tiene á su disposición para examinar el revistero.

Careciendo en ambos casos de la *primera materia*, no se podrá escribir el conejo, ni guisar la revista.

Digo, al revés.

¿Con qué, pues, voy á llenar esta sección?

Más... no tengo otro remedio que

apencar con ella, bien ó mal; y como no ignoro que muchos cocineros, tan hábiles como faltos de conciencia, suelen darnos gato por liebre sin que lo notemos la mayor parte de las veces, voy ensayar tan socorrido sistema para salir de mi apuro, haciendo de tal suerte que este *buñuelo* insustancial é indigesto, pase por revista sabrosa y delicada, como las que sirvieron en números anteriores los amigos directores de LA PEQUEÑA PATRIA.

Confieso que, al poner las manos en la masa, me asalta natural temor y siento el consiguiente remordimiento de todo el que va á coadyuvar á un hecho punible que puede traer perjuicio de tercero.

¡Si el esquisito paladar literario de los lectores descubre la mistificación....

Despues de todo, sobre Labarta y Tarrío caigan las censuras de los abonados á esta Revista, pues ellos han sido los que me obligaron á cometer tal desaguizado.

Yo lavo mis manos y.... ¡allá va eso...!

* * *

La compañía infantil del señor Bosch, ha puesto en Santiago *una pica en Flandes*.

Digo esto, porque al número de funciones que ha dado correspondieron otros tantos llenos; de modo que no es aventurado asegurar que hizo un buen negocio.

¿Merecía del público tal protección y entusiasmo?

Nada más lejos de eso.

Comparar esta pequeña *troupe* á otras compañías formales, sería absurdo.

Y, sin embargo, éstas, pocas veces han sido recibidas como aquella, entre nosotros.

Qué más!... si hasta el eminente é incomparable Sarasate, no ha podido dar más que un solo concierto en Compostela hace algunos años, por falta de público....!

*Esto, Ines, ello se alaba,
no es menester alaballo.*

* * *

El mercurio se achicó de tal suerte en la cárcel de cristal que le aprisiona en el termómetro, que casi desapareció de la columna.

Parece que por virtud de encantamiento la ciudad compostelana se trasladó de un salto á la Siberia.

Esto no es ya fresquito; es el frío glacial que pone como cerézas las narices, y las manos como trompos.

Con tan *fausto* acontecimiento, nuestros más distinguidos inventores de específicos para curar los sabañones, comienzan á anunciarlos pomposamente.

En todos los periódicos de la Corte se leen anuncios como los siguientes.

«Untura de hipocóndrio izquierdo de ballena, infalible para curar los efectos del frío.»

«¡No más sabañones!; el bálsa-

mo de Torniquete (el autor) á base de uña de caballo, los cura instantáneamente.»

«Tópico oriental según receta que dejó Mahoma, confeccionado con ciento y pico de yerbas, entre indias y chinas, maceradas con siva inocente de Odalisca...» etcétera, etc.

Lo cierto es que, apesar de cuanto se discurre, no hay medio de poder evitar que la acción del frío ponga horrosas *manos blancas* que *no ofenden*; y de las otras también.

Hay personas que suelen tener sabañones en las orejas, y muchas de ellas parecen que usan pendientes encarnados.

Días pasados encontré en la erradura á D. Canuto embozado hasta los ojos; dejaba solo fuera del embozo la punta de la nariz; desde lejos se me figuró que veía fumando un habano.

Cuando me acerqué á él y saludé, me contestó de mal humor.

—¿Qué tiene V., hombre? —le dije.

—¡Pues nada, friolera.! Figúrese V. que el peluquero me dió recetas, una para quitar el viento á mi hija, y otra para los sabañones que padezco. Al acostarme aquella noche puse un paño con la medicina en la nariz y vea V. como quedó por equivocación los frascos.

Efectivamente.

No le había quedado ni un pedacito en la nariz á D. Canuto, pero tampoco.

La intensidad del frío ha puesto en movimiento la gente, hasta el punto de que parecen las calles de nuestra vieja ciudad las de Madrid en días de crisis.

En el seno de las familias se originado serios conflictos la temperatura actual.

La hija de D. Senen decía ayer su papá.

—Mira, tengo que comprar unos mitones y un manguito porque ya las manos se me van cubriendo de sabañones, y si los vé Arturito, él que es tan poético, se va á desilusionar.

—Unta las manos con petróleo...

—Huele mal, papá; y si Arturito lo nota, él que se perfuma con he-no virgen ..

—Bueno, pues si quieres manguito, hazlo con las bandas de astrakan que pertenecen á la capa que hice cuando la traición de Maroto: estarán un poco picadas, pero servirán

El frio tambien influye en los corazones sensibles que sienten esa *tontería* que se llama amor.

Y si no que lo diga un joven estudiante de veterinaria, que se presentó ante su novia envuelto en un cobertor de la posadera, y la chica que estaba sola en su casa, al verlo comenzó á dar voces creyendo que iba á ser victima de algún bandido valenciano.

Cuando reconoció á Teovigildo, que así se llama el futuro veterinario, ya los vecinos le habian atizado una paliza superior, que dió origen al muchacho para no volver por el sitio.

Según afirma la jóven, ahora siente mas frio con la ausencia de su novio.

A mi me está perjudicando muchísimo tambien el dichoso *frito*: como que se me hielan las ideas y no consigo arrancar una regularmente templada!

¿No se llegará á descubrir el medio de poder *comprimir* el calor de Agosto como el clorato de potasa, y tenerlo á nuestra disposición para estas ocasiones?

* * *

Las aguas brotan de nuevo en las fuentes públicas con la misma

intensidad que hace unos meses.

¿Qué de conflictos originó la sequia durante una temporada.

Las *Menegildas* llevaban las sellas, ponianlas alrededor de los pilones, y allí sentaban sus reales por espacio de medio dia.

Con tal motivo los soldados de la guarnición se pasaban horas y horas en amorosos coloquios con las Dulcineas del fogón, y los respetables, aunque poco respetados guardias municipales tenían diariamente ocasión propicia de lucir sus dotes de hombres de orden, apaciguando á las revoltosas criadas que, ya por *la vez*, ó por celos de algún apuesto *ranchero*, ó por otras causas análogas, armaban *ciscos* á cada paso, pero *ciscos* monumentales.

¿Como de Compostela!

Hoy todo ha cambiado, sino radicalmente, al menos en gran parte.

Ya no tienen disculpa para su tardanza las *chicas del servicio*, y las labores de casa se han normalizado por fortuna para las amas, que estaban disgustadas con la falta de agua en las fuentes de la ciudad.

* * *

¿No dije á ustedes que habia de resultar esto una insulsez?

¿Si aqui en Santiago no pasa nada nuevo en doce días!

Lo que pasa de castaño oscuro es esta revista.

Pero sali del apuro, respiro con ansia y guardo las manos en los bolsillos del pantalón porque ya no resisto más tiempo con ellas fuera.

Crean los lectores que si ellos pasaron un mal rato leyendo lo que llevo escrito, no fué menor el que sufrió escribiéndolo.

Adolfo Atencio

CANTARES.

En política y en juegos
Es ya cosa muy sabida
Que aquel que engaña mejor
Es quien gana la partida.

En el cristal de una fuente
Un día tú te mirabas,
Y la corriente decía:
Eres guapa!... guapa!... guapa!...

Con esa sal que tú tienes,
Que siempre vas derramando,
No hay hombre solo á quien mires
Que no se vuelva salado.

Si quieres que yo te quiera
Y que cerremos el trato,
Ven conmigo á ver al cura
De la iglesia de San Marcos.

Son en aqueste mundo
Todos los hombres
Cual de profunda noria
Los cangilones:
Suben y bajan
Los unos muy vacíos;
Otros con agua.

Me dices que has estudiado
En Salamanca las leyes;
Sabrás mucho; mas no sabes
Como se ama á las mujeres.

Me robaste el corazón:
Y el Código no te aplican:
¡Muy mal anda para amantes
En la tierra la justicia!

En el reloj del amor
No se cuenta bien el tiempo;
Que no hay campana, ni horario,
Ni mano, ni minuterero.

Las horas de mi vida
Yo me las paso
Unas veces riendo
Y otras llorando,
No es poca suerte
El no pasarlas todas
Llorando siempre.

No rias para enseñar
Tus hermosos, blancos dientes,
Que son feos al pensar
Que son dientes maldicientes.

Yo no temo á las mujeres
Que son doctoras en ciencias,
Temo á las que sin cursar
Llegan á ser *bachilleras*.

Dijo el diablo á la mujer
«Come el prohibido fruto;»
Y lo comió y desde entonces
Anda endiablado este mundo.

Palabras son palabras
Que lleva el viento,
Las obras son amores
Dice el proverbio:
Cosa es probada;
Amor tan sólo vale
Con la *casaca*.

Te miré y tu no me viste,
Miré y miré sin cesar,
Me viste ya, y por lo visto
Ves que tienes que mirar.

Dicen que la discusión
Trae consigo la luz,
Si no trae garrotazos,
Que eso es conforme y según.

Siempre mi *media naranja*
En el mundo fui buscando,
Y al fin hallé con el tiempo
Un medio limón muy ágrico.

Un cura poeta dijo
Que es bueno corto sermón
Y buena muger pequeña:
Soy de la misma opinión.

A la puerta de tu casa
Siempre estoy de centinela,
¿Cuando me dirás que pase
A tu cuarto de banderas?

Me robaste el corazón,
Y en pago de tu delito
Yo te condeno á cadena
Perpétua... de amor conmigo.

En un cristalino arroyo
Te mirabas presumida,
El agua dijo: «eres fea!»
Y tu exclamaste: Mentira!....»

Vas corriendo tras la suerte,
Y nunca le das alcance:
Si naciste para ochavo,
No te canses, no te canses.

A la una se declaró,
A las dos, ella dió el sí,
A las tres los casó el cura.
¡Amor por ferro-carril!

Los enemigos del alma
Son tres, y todos lo saben;
Los enemigos del cuerpo
No los ha contado nadie.

Si se pagase un impuesto
Por sal, y gracia de sobra,
A tí te impondrían, niña,
El máximun de la cuota.

Siempre en tus cartas me envías
De amor pagarés y letras,
Y cuando voy á cobrarlos
Tu misma me los protestas.

Una vez escupí al cielo,
Y en la cara me cayó:
No he de escupir otra vez
Por temor á un chaparrón.

Se pasa la humana vida
Mitad durmiendo y llorando,
La otra ignorando y luchando
¡Qué vida tan divertida!

Tus gracias quiero contar,
Y siempre yerro la cuenta,
Una, dos; treinta, cuarenta....
Me perdí, y vuelta á empezar.

La política es señora
De tal maña y tales trazas,
Que conocer es difícil,
Cuando anda ó no disfrazada.

Dijo amor allá en lo antiguo:
«Contigo pan y cebolla»
Y hoy en odio á esta legumbre,
Dice: «pan, cariño y bolsa»

Las niñas visten con gusto
Muñecas de cera ó yeso;
Cuando mayores las dejan,
Por otros de carne y hueso.

Un dia tu me dijiste
Que me querías un poco:
Pues haz por quererme un mucho,
Ya que yo te quiero un todo.

Emilia Maura
García

DOÑA PEPITA.

DOÑA Pepita había mandado fregar las escaleras y planchar las cortinas de la sala, había untado con aceite comun el charol de los muebles y le había dado un baño de agua con jabón al perrito ratonero, único ser viviente que en compañía de la criada y de D.^a Pepita habitaba en clase de animal doméstico aficionado á los ratones en la casa número 1,000 de la calle del Mico.

Todos estos preparativos habíalos ordenado D.^a Pepita, que era más limpia que el estómago de un pobre, para recibir dignamente á su sobrino Pascasio, joven, vista de Aduanas en las de la isla de Cuba y que, por las cuentas de su tía, debía ser un hombre de dinero, dispuesto á gastárselo con su familia en clase de sobrino cariñoso y ultramarino.

El día señalado por Pascasio para su llegada á la corte fuese D.^a Pepita á la estación del Norte, un poco emocionada porque, al fin y al cabo, no era un cualquiera el hombre que iba á recibir en su casa.

Llegó el tren y comenzaron á bajar los viajeros cada uno de ellos con sus correspondientes bultos y alguno con un lobanillo en la frente; D.^a Pepita que no había visto á su sobrino desde chiquito dudaba cual sería...

—Vendrá de traje de dril y de sombrero blanco—pensó, y mirando con atención por el andén solo encontró señores con trajes oscuros y con unas caras tan viles y prosáicas que no pudo menos de exclamar...

—Estos no son americanos! ya se les conoce; mi sobrino traerá cuatro ó cinco negritos con sigo...

Y como viese en este momento un mula-

to ó cosa así que viajaba entre una pareja de la Guardia Civil.

—¿Viene usted con D. Pascasio?—preguntó.

—No señora —respondió el negrito— yo vengo con loz guardiaz civilez porque le robé un paraguas á un cura.

—Parece mentira que un negrito tan fino haya hecho esas cosas!—pensó D.^a Pepita y viendo que hácia ella venia un caballero vestido de blanco y con el rostro color de ciruela gritó.

—Pascasio, Pascasio...

El desconocido se arrojó en sus brazos, y aquellos dos seres nacidos en calidad de antipodas se abrazaron como tía y sobrino sobre la superficie de la tierra y ante las miradas de Dios y las del jefe de estación, que era de Orense, y se echó á llorar conmovido.

—Que guapito vienes! que gordo estás! —exclamó D.^a Pepita mirando á su sobrino que parecía en fuerza de ser descolorido, un membrillo á medio madurar— ¿te prueba bien la Habana?

—Sí, me prueba muy bien aquel país; no como más que cocos.

—Que atrocidad; pero hijo yo no te puedo dar esas cosas; si quieres manzanas... es la única fruta dura que tengo...

Pascasio dijo que él se amoldaba á todo que comeria carnes, pescado ó cualquier cosita ligera.

Fuéronse á casa y D.^a Pepita no cesaba de hablarle por el camino.

—Mira, ahí van las de D. Eleuterio ¡salúdalas! te han tenido en sus brazos tantas veces cuando eras pequeño... Aquel que va allí es D. Rufino, el pobre ya no te conoce; la hija más joven se le casó con un corneta y ahora se pasa todo el dia tocando llamada y tropa, así es que el pobre señor está medio tonto... El comercio de las de Pimparrillo ¿te gusta? Ahora no venden más que flores y ojos para santos de madera, pero chico, son una especialidad...

Y con todas estas y otras parecidas llegaron á la calle del Mico y empezaron á subir las escaleras.

—Qué feo es el sobrino de doña Pepita, parece un oso con traje de alpaca—dijo la portera.

—Es que viene algo enfermo de resultas del viaje; y además todos los que viajan embarcados se ponen negros—contestó una vecina casada con un fogonero marítimo que no se había lavado la cara desde pequeñito...

Doña Pepita, entretanto, dióle de cenar al sobrino y suponiéndole fatigado por el viaje se retiró á descansar, despues de encerrar al perrito en el ropero y ordenar á

la criada que trajese chocolate del más fino que encontrase, como no subiese de dos pesetas la libra.

—¡No trae negros, ni colibrís, ni nada— pensaba doña Pepita ya acostada y con un pañuelito blanco atado á la cabeza—yo no sé como son estos muchachos; en mi tiempo los que venían de América traían una porción de cosas raras, pero ahora ¡ya se vé! como los tiempos han variado tanto, y como los hombres han discurrido mucho aunque traigan negritos de allá, al llegar á España se le ponen blancos enseguida.

En esto pensaba cuando oyó que se abria la puerta de la habitación, y á la luz mortecina de una lamparilla que en la sala próxima ardía, vió doña Pepita á un hombre que se dirigió hacia ella con airado ademán...

—¡Socorro!—gritó—socorro, Pascasio que me matan.

Huyó el hombre, comenzó á ladrar el perrito en el ropero, subieron los vecinos y con los vecinos el sereno que estaba un poco nublado aquella noche, y despues de un minucioso registro y no encontrando en la casa á otro hombre que al sobrino, condujéronlo á la prevención entre el sereno y dos números de la policía.

—Pero déjenme ustedes á mi sobrino—gritaba doña Pepita.

—Si no hay delito volverá el sobrino—dijo el sereno—es necesario esclarecer...

—Eso es, esclarecer; es necesario esclarecer—añadió uno de los números.

¡Ya lo creo que era necesario esclarecer!

Al día siguiente fué doña Pepita á preguntar por el detenido.

—Era un licenciado de presidio que asesinó á tres niños y á una señora—le dijo el inspector de policía—se había fugado de la cárcel y le están formando sumario en la Coruña por haberle mordido en un pié á un guardia civil.

—Pero si parecía mi sobrino!...

—Todo se adultera en este mundo señora—dijo el inspector con tono melodramático.

Doña Pepita se fué para casa y estuvo quince días en cama.

—Pero Dios mío, que habrá sido del Pascasio auténtico—exclamaba.

A los pocos dias se presentó el verdadero sobrino de D.^a Pepita.

—Trae negros?—preguntó ella á la criada.

—No señora, pero es bastante moreno.

—Pues no le admito; si no trae negros no es él; ¡no quiero más disgustos!

Moisés Ruales

RIMA.

Vales mucho, mi bien: pues según dicen
Ostentas en tu faz
Más tesoros aún que avaro encierra
En sus senos el mar.

Son de oro tus cabellos, es tu boca
De perlas y coral,
Tus ojos esmeraldas que prometen
De amor la inmensidad;

Es de blanco marfil tu cuello hermoso,
Y, en fin, para acabar,
Eres el colmo de las gracias todas....
Eres rica además.

Vales mucho, mi bien: contigo nadie
Se puede comparar....
Más si tuvieras corazón, bien mío,
¡Valdrías mucho más!

Salvador Gelpi



FOLK-LORE GALLEGO.

OS APARECIDOS.

I.

AY cén anos todo éra aparicións
‘n esta nósa térra. As almas en pena
por un lado, os trasnos por outro.
† A media noite éra amillor sazón para
o trénlo. Os espíritus ven e andan mellor
de noite que de día.

Ja non digamos nada d’ a *estadea*, *estadaña*, *compaña*, ou *santa compaña* co’ a
sua ocupada *tomba*, suas *luces* unhas á
encenderse e outras á apagar-se, seu *acompa-
ñamento*, vestidl’ os endevidos todos con
brancas sabás ou mantos e túncas d’ alba
color, c’ os *azafates* e cirios acesos ‘n as
mans en forma de canélas, recollendo pol os
sendeiros, corredoiras, congostras, camiños,
veigas, agros, leiras é gándaras, o mésmo
que pol as ribeiras d’ os rios e canles d’ os
rigueiros e pol as cóstas d’ o mar e pol as
lombas e cotaredos d’ as baixas e d’ as altas
montañas, aqueles *ósos* ou reliquias huma-
nas que non poideron ser recollidas antes e
gardadas, ‘nas sepulturas d’ os cimiteríos e

d’ o interior d’ as igrejas asociando ‘n a
misteriosa e espantable expedición cantos
vivos alcontrasen ó paso ‘n aquelas si-
lilenciosas e temidas hóras d’ a noite en que
non éra prudente andar por fóra d’ a mo-
rada pacífica despois d’ as déz e que deu
marge, por estes e outros socedidos, ó dito
popular:

*Dempois d’ as déz
Deix’ a noite para quén é.*

Quérse decir, para total as visións e dis-
gracias acostumadas, pois o que a tiña d’ ir
(como era obrigado á forza co’ a *compaña*,
morría dentro de poucos días despois.

¡Ditoso d’ o que tiñ’ a sórte d’ empararse
‘n o inmediato Cruceiro, subir correndo as
suas gradas e abrazarse de súpeto á coluna
d’ o Cristo con tod’ as suas forzas!

¡Ditoso d’ o que ó ver a *compaña* tiña
serenidá d’ abondo para trazar o *círculo
de defensa* ‘na térra, o derredor seo, e a
Cruz ‘n o aire, que o encomunicaba c’ o a
impoente marcha ou percisión d’ os mórtos!

As aquí anotadas precaucións conviañan
así mésmo cando unha *alma en pena* bus-
caba quén d’ arriba á baixo lle rachase co’ a
fouce o sagrado hábito con que amortajado
fora o defunto, pois éra’ moi posíbre que
ó racharillo por diante, lle botase ó tal de-
funto as cepudas mans e co’ el así apreixa-
do, e abríndose a térra, se sumergesen am-
bos ‘n os abismos.

Ainda recórdoo que ‘n a miña nenez oía
moitas veces contar o que lle sucedera á un
estudiante moi namorado e cabaleiro que
andando á deshoras paseando por debaixo
d’ os soportás d’ a Quintan d’ os Mórtos de
Santiago ‘n unha crara noite de lua, veu vir
e pasar unha linda señorita moi ricamente
ataviada e compósta polo seu lado e foi
tentado de saudar aquela gentil e pelegrina
fermosura, e falarlle amoroso, por onde
lógo veu en coñecemento d’ a sua discreu-
ción, saber e donosura sin par, ofrecen-
do-se á acompañala e servila á onde quixer
que fose, anque fose hastra o cabo d’ o
mundo.

Acetou éla desfacendo-se o estudante en
solarmeirías e recrébos, subindo sin sentir
pol as esqueiras d’ a Quintan, arriba d’ a
Pórta Santa, e botando por antr’ a Corticéla
e os Oficios d’ os quintanistros, Aceviche-
ría, arco de Palacio, cadeas d’ a praza d’ o
Hespital; calle ou rua d’ as Hórtas, Areeira,
Cruceiro d’ o Gayo, poza de Var, e rua ou
calle de San Lourenzo, hastra que déron
os dous n a carvalleira ou campo d’ este
nóme, en que indo por unha rua adiante
d’ aquelas arbres seculares, que encamiñan-

ba ó mosteiro, reparou o mozo 'n o qu' en tod'o tránsito n' había reparado, embobado como iba 'n a cara preciosa d' aquéla para el celestial virgen, reparou digo, 'n os pés d' éla que lle asomaban por deabaixo d' a orla d' o vestido riquísimo de seda, e non éran pés senon poutas máis feroces que as de un lobo e de un lión, pero con unhas unllas negras, longas e encurvadas que aterran; e entonces recordou que as pisadas d' éla por tod' o camiño, viñan petando, petando, como se vira (con perdon) calzada a moza con bótas de ferro; pró hastra d' aquéla non fixo caso; hén é verdá que a lua acrarou de tal sórte por antr' a ramage d' os vellos carvallos, que tamén ajudou moito á ouservación, pois pol-as ruas que trouxéran desd' a vila, percuraba a rapaza ou siñorita botar de cóte pol as aceras d' a sombra.

Como quedaría o estudante galan, déixase adovñar fácelmente.

Desimulou todo o que pudo e cando chegaron préto d' o Cruceiro antigo que se levanta case arrimado ó ángulo d' a cerca d' o convento, 'n a encrucillada, para un pouco máis adiante dar vista ás portarías d' a igrexa e d' o mosteiro, o meu bo d' o hóme soparouse de súpeto d' a parella, e case de un golpe ou salto en que lle caíu a *beleta* ou tricórnio d' a cabeza e se lle foi voando o manteu d' os hombros, cai enriba d' as gradas d' o Cruceiro santismo e abrazándose á el con tod' as suas forzas, tembraba como un vímio, c' os pelos arruapiados, pidindo a Dios perdon, e desaparecendo como fume pestífero a cundanada d' a siñorita ou démo d' a Quintan d' os Mórto.

E hastra que veu o dia e se via bén, non largou o namorado estudante a vara d' o Cruceiro antigo d' o campo de San Lourenzo.

Menos serio que esto foi o que lle pasou á dúas mulleres de Santiago (tratei á unha d' élas) 'n a mesma Quintan d' os Mórto 'n outra ocasión, c' o aparecemento, unha noite de luna tamén, igoalmente crara, que á media noite, indo as dúas levar pan á cocer 'n o forno de San Martiño Pinarío, pois éran d' oficio panadeiras, viron pol a dita Quintan, vindo élas d' a parte d' a rua Nôva, un hóme fornido, que á certa distancia d' élas, e constantemente iguual, ib' as precedendo, con bastante donaire, sin volver cara atrás; péro (con perdon de Dios e d' as caras honradas) co' as nádegas descubértas e bén gordas por cértó, que moi crara e perfectamente se devisaban, por 'n élas darlle de cheo a luz d' a luna en tod' o seu espredor: tanto qu' élas iban c' o farol aceso colgado d' a man, úneamente por «refrear o medo.»

E así foi o desvergonzado *sans-culotte*, ou *sin cirólas*, seguindo a dianteira, sempre á mesma distancia, paralelamente ó longo d' a extensa parede d' o convento d' as monjas de San Payo, subindo as escaleiras, para continuar pol' a Via Sacra, atravesal-a rua ou calle d' a Acevichería para meterse pol a d' a Tróya e dar 'n a fonte de San Miguel, coronada por unha Cruz, diante d' a que estalou o trasno d' o hóme como unha fórte bomba que fixo ás panadeiras dar un grito descompasado decindo: ¡ai Jesús! e desapareceu de todo aquéla pórcá visión que (somellante á algunhas d' as que á San Antonio Abade perseguiron tenazmente 'n o desérto) veu bulránlose d' as dúas mulléres tanto camiño; e metéron-se trebandando 'n o ansiado forno de San Martiño Pinarío, que alí moi préto s' alcontraba d' a fonte de San Miguel; cocuelles o pan o forneiro e hastra que foi de madrugada non deixaron élas o forno.

A Cruña.

Antonio de la Yebra

EPIGRAMAS

I.

Con Sanjurjo, antorcha y luz
Entre los que funden hierro,
Cometió el gobierno el yerro
De otorgarle cierta cruz.
Cree el gobierno que de perlas
A Sanjurjo le vendrá....
¡A Sanjurjo que ya está
Cansadísimo de hacerlas!

II.

—El honor, don Luis gritaba,
Con sangre se ha de lavar.
Y don Juan le replicaba:
—Pues lo que la sangre lava
Muy limpio no ha de quedar.

III.

—Hombre público fué Arosa
Según hoy he comprendido.
—Pues entonces no han mentido
Los que sostienen que ha sido
Mujer pública su esposa.

IV.

A un alto puesto llegó
El boticario Bazullo;
Aunque sus drogas dejó
Darle un grado más logró
Al alcohol del orgullo.

V.

Al ver á una amiga en cinta
Exclamó la tonta Inés:
—Usted se ha puesto, Jácinta,
El polisón al revés.

VI.

—Hizo un año por Febrero
Que á mi tío Pedro Hinojo
Nombraron vista primero.
—¡E hizo dos que perdió un ojo!

VII.

Delante de Juan Tranquilo
Sacaron á colación
En cierta conversación
Las cataratas del Nilo.
No bien las oyó mentar
Exclamó con voz segura:
—¡Si se hubiese puesto en cura
No diera tanto que hablar!

Juan A. Mestre

EL HOMBRE DE LA FOCA.

I.

EN un departamento marítimo de España vivía, allá por los años del 70 al 74 un hombre, viejo ya, rechoncho, abotargado, de rudos ademanes y rostro más rudo todavía. Llamábase D. Matias Ferreyro, había sido Contramaestre en un buque mercante, y á fuerza de privaciones y de economías hechas en el mezquino sueldo que percibía por luchar con los elementos, logró reunir un modestísimo capital, y entonces dueño ya de tal tesoro, dijo adios á la mar y ancló su persona en una tiendecita de la calle principal del pueblo.

Echóse á reflexionar en que industria podría sacar más utilidad á sus aborros, y

después de muchas noches en claro en las que se le caían las sábanas y cobertores á causa de las mil vueltas que en la cama daba, fijóse únicamente su caletre en lo siguiente:

—Nada, nada.... ó cosas de comer ó cosas de vestir. Venja quien venja.

Todo el mundo tiene que comer, porque sin de acá.... —y hacía, con los dedos apiñados de la mano derecha un doble movimiento, cual si con ellos quisiera besar su boca —no hay hombre, y sea Juan y sea Pedro el que mande, hay que llenar la andorga, mientras que en vestir, podrán estar con cura tubina por los siglos de los siglos. Nada, nada, estoy risuelto: encarjaré de todo lo que Dios crió y no fiaré á nadie ni esto— produciendo un sonido especial con la uña del dedo pulgar y un diente.

A los ocho ó diez días de estos soliloquios, abríase á la espectación pública la tiendecita provista de todo cuanto en estos establecimientos se vende: chorizos, quesos, garbanzos, arroz, etc., etc. Don Matias, orgulloso y satisfecho de su obra pavoneábase y decía constantemente á los chiquillos legañosos y harapientos que contemplaban asombrados tal lujo:

—Afuera, pillos, afuera, si cojo una vара.... dejade pasar la gente —gritaba viendo á una criada que pugnaba por abrirse paso entre aquellos granujillas, con objeto de comprar una vela de sebo ó un ochavo de azafrán.

En la noche del día de la inauguración, echó sus cuentas D. Matias, y vió con extraordinario júbilo que había ganado la enorme cantidad de cuarenta y tres reales, tres cuartos y un perro chico. Acostóse lleno de alegría, dijo á su dependiente que se levantara á las cinco para abrir y barrer la tienda, apagaron la luz, y á los pocos momentos un duo de ronquidos fenomenales anunciaba que allí se albergaba el par de séres más dichosos de la tierra.

Y continuó D. Matias vendiendo durante el día, su dependiente sisando y ambos roncando por la noche.—¡Oh qué bien... pero qué bien marchaba la cosa! —murmuraba el dueño del establecimiento— en estos tres meses gané, después de comer, pagar á Toribio y á la criada, cuatro mil doscientos reales. Vaya..... vaya..... la acerté— y encendiendo un cigarro asqueroso y manchado de aceite, apoyábase de brazos en el mostrador con objeto de ver pasar la gente.

II.

Una tarde de verano, á las cuatro, hora en que apenas transitaba gente por las calles de la ciudad departamental, hallábase don

Matias en mangas de camisa, armado de un enorme mosquitero espantando las innumerables moscas que se posaban en los comestibles. Sudaba el buen tendero llevado de su afán de echarlas á la calle y prodigando hisopazos á diestro y siniestro, cuando en su ardor bélico y al dar un zurrageo á la puerta de la calle sembrada de tales bichos, metió casi en los ojos de un caballero que entraba en la tienda los recortes de cartulina de que formado estaba aquella especie de chinisco.

—¡Ah..., dispense usted!—exclamó don Matias— estas pícaras moscas....

—Buen recibimiento, amigo, buen recibimiento.... ¿qué tal?—y estrechó la mano del tendero después de haber éste pasado á la izquierda el mosquitero.

—¡Carácholis.... Don Pablito! ¿cuándo ha venido?—dijo D. Matias abrazando al recién llegado, y dándole palmaditas en la espalda.

—Ayer por la noche—contestó éste correspondiendo á las demostraciones de cariño de D. Matias. Era el tal amigo un hombre en la plenitud de la vida de 35 á 40 años de edad, de regular estatura, escurpulosamente afeitado y correctamente vestido de negro. En cualquier otro pueblo nadie conocería en la calle que era capellán de la armada, pues hasta el alzauello lo simulaba perfectamente con un cuello bastante alto y una corbata negra en la que, por coquetería, prendiera un alfiler de azabache; pero en los departamentos ya se sabe, hombre vestido de negro y afeitado, necesariamente tiene que ser cura. El rostro del recién venido era de lo más simpático y agradable que se puede imaginar: alegre en extremo, una movilidad grandísima en las facciones, ojos grandes y expresivos y una boca de labios gruesos y colorados que cuando hablaba ó dejaba escapar una franca y sonora carcajada, dejaba percibir una dentadura blanca, apretada y limpísima.

Su carácter era también jovial, las penas no le afligían y únicamente estaba serio cuando ejercía las funciones de su sagrada carrera ó daba alguna broma en tono grave y circunspecto.

Gustábanle en extremo los *tipos*, es decir los que, como D. Matias, le hacían reír con sus chistes groseros ó creían lo que él les contaba como artículo de fé. Entablábanse disputas, y de estas surgían mil y mil disparates inmensos, piramidales, que hacían reír á D. Pablo y sus amigos, á costa del *tipo* que ellos cogieran por su cuenta.

—Vaya, hombre, vaya—dijo D. Matias arrojando el mosquitero sobre una silla. ¿Y en dónde estuvo?

—Estuve en Filipinas, y ahora vengo destinado aquí. ¿Y cómo fué que V. se ha decidido á poner esta tienda?

—Tenía cuatro cuartejos ahorrados y díjeme: A trabajar en tierra que en la mar ya trabajé bastante y aquí me tiene.

—¿Y es de V. solo?

—Mio solo, mio es todo cuanto V. vé. Y de usted también —añadió por ga antería— Y ahora que me acuerdo, diga D. Pablo, ¿qué son acémilas?

—¿Acémilas?—contestó el capellan extrañado de la pregunta. E inmediatamente su carácter alegre se opuso á decir la verdad á D. Matias.

—Si señor, acémilas: hoy leí, en un periódico que se contrataban acémilas.....

—Pero hombre, —exclamó el capellán estendiendo los brazos y mirando fijamente al tendero,—parece mentira que no sepa V. lo que son.

—¿Y qué tiene de particular?—dijo el tendero algo amoscado— no parece sino que tengo obligación de saber todo.

—Usted tiene obligación, señor mio, —contestó el clérigo dando con su bastón golpecitos en el hombro de D. Matias— de saber el nombre de lo que V. vende.

—¿Y yo vendo acémilas?

—Si señor, usted vende acémilas blancas y acémilas encarnadas.

—Pero que son ¿quiere usted decirlo, sí ó no?

—Pues acémilas son.... ¡habichuelas, hombre, habichuelas!—dijo D. Pablito con voz estentórea y al parecer irritado de no saber D. Matias que el verdadero nombre de la haba era acémila.

Quedóse el buen viejo admirado: cogió el periódico en que leyerá la noticia y volvió á leer tarda y pausadamente.

—«El 3 de Agosto se subastarán 400 acémilas que se necesitan en el arsenal....» ¡Cuatrocientas habas!—dijo el viejo sorprendido en extremo.

—No sea usted atroz, hombre, no sea usted atroz —repuso D. Pablo— cuatrocientas acémilas son cuatrocientos sacos de habichuelas.

—¡Ah... ya! vamos, sí, serán para la tropa; echarán en el rancho las acémilas.

—Eso es, si señor: la acémila da muy buen sabor al rancho.

Y continuó el tendero leyendo en voz bajísima el anuncio de la subasta fijándose especialmente en el número de pesetas que tenía que depositar el que en ella quisiera ser postor, el día y la hora en que se había de verificar y los mil detalles que se insertan en tales anuncios. Distráido como estaba, no observó la entrada de un caballero

ya anciano que saludó cordial y afectuosamente a D. Pablito.

—¡Vaya.... D. Andrés! ¡me carja este hombre!—murmuró D. Matias cuando los cumplimientos de ordenanza llamaron su atención. Pero inmediatamente adoptó su semblante una expresión cándida y beatífica y adelantándose al mostrador y mirando fijamente al recién venido le dijo, haciendo un torpe saludo:

—Don Andrés.... le he de pedir á usted un favor.

Inmediatamente el cura sospechó lo que el tendero quería decir al intendente del Departamento que lo era el D. Andrés, así que, estrechando la mano de éste y saludando á D. Matias, dijo:

—Dejo á ustedes y hasta luego don Andrés.

No.... no se marche usted por mí.... si no es cosa de secreto.... es lo de las acémilas—exclamó D. Matias queriendo oponerse á la salida del cura.

Mas este olía la chamusquina, y sin más razones se alejó de la tienda retozando la risa en sus labios.

—Vamos á ver ¿y qué favor es ese?—dijo el intendente cuando estuvieron solos.

—Quisiera.... quisiera contratar las acémilas—contestó D. Matias.

—¿Y usted tiene acémilas?—repuso don Andrés algo sorprendido de la nueva industria del tendero.

—Si señor, de varios colores.

—¿De vários colores?

—Blancas, encarnadas y pardas.

—¡Encarnadas...! ¡ja, ja, ja!—y una sonora y alegre carcajada soltó D. Andrés, teniendo que sentarse en el banco del portal, mientras se secaba con el pañuelo las lágrimas que la risa le produjera.

—Aquí están.... aquí están—dijo don Matias dirigiéndose á tres saquetes, y tomando de cada uno de ellos un puñado de habichuelas.—Aquí las tiene usted, blancas, pardas y encarnadas.

Y mostrándolas al intendente que no cesaba de reír añadió:

—Las acémilas encarnadas tienen el pellejo algo duro pero se comen hoy bien.

—Si hombre si.... ¡no es usted mala acémila!

Y salió de la tienda dejando perplejo á D. Matias con sus puñados de habas que fueron devueltos á sus respectivos saquetes.

III.

Grande y estruendosa trompetería sonaba desde las cinco de la tarde en una vereda del paseo próximo al Arsenal. El que allí se dirigiera atraído por tan mágicas notas, vería una instalación de maderas pintarra-

jeadas de varios colores queriendo imitar pabellón de damasco con sus borlas y flecos, sobre la puerta de entrada un lienzo en el que algun artista desgraciado había pintado la pesca de la foca y todo ello se reducía á un botecillo tripulado por dos hombres uno de ellos tratando con un harpón de asegurar al cetáceo que más tenía de merluza que de foca. Un cartelón descomunal clavado en un mástil anunciaba en letras como melones lo siguiente:

«Espetáculo nunca visto.

El asonbro de la umanidaz.

Gran foca cogida en las mares de la Ziberia por Musiú Tanchón que comió una mano, dice papá, dice mamá, entiende todo; entrada general 2 reales niños y soldados sin gradacion 1 real no se permiten bastones, comidas y otros ojetos que hagan daño á la foca.»

Una mujer vestida de guacamayo sentada en una silla tras una mesa recibía el dinero de los concurrentes y un mozallón tremendo daba sin cesar vueltas al manubrio del órgano sin tener para nada en cuenta las reglas de la armonía. Como si tostara café ó cortara paja, su oficio puramente mecánico no le permitía conjeturas si el compás debía de ser más ó menos lento tocaba y tocaba entablando algunas veces diálogos con alguna criada ó algun soldado que admirados contemplaban las trompetas del órgano, sin que abandonara un momento su ingrata tarea; solo sí el compás amenguaba hasta que una mirada de la madama sentada le hacía callar y volver á tocar con el aire que se requería. Cuando declinaba el sol, suspendía el moctón sus trabajos musicales, abandonaba la plataforma en que estaba el órgano y la dueña, y entraba en la barraca, volviendo á salir con un quinqué en la mano derecha y una vara á la que estaba atada una esponja empapada en aguarrás. Dejaba el quinqué sobre la mesa alumbrando los colorines y el rostro de aquella harpía; encendía el aguarrás de la esponja y aplicaba la llama á los diez pestilentes mecheros de saín que impregnaban la atmósfera é inundaban de humo negro los contornos de la barraca. Y volvía el mozallón á su trabajo, las trompetas á sonar, la madama á mirar á la gente y á saludar al que pagaba y de cuando en cuando un oído sutil percibiría clara y distintamente una voz que en el interior del armatoste decía:

—«¡Oh señores... mucho coidado... á mi comerme una mano: es un petit tíguerre.»

Y también de cuando en cuando una voz no humana, sino espantosa, inmensa, voz que escitaba la curiosidad de los pobres

diablos que no teniendo dinero contentábanse con ver el exterior de la barraca, exclamaban:

—«Poah... poah... poah... poah...»

Y si dominados por los gritos fenomenales penetraban en la choza aquella, veíase en su centro iluminado también por quinqués sucios y destartalados, una enorme artesa de madera forrada de zinc, y en ella una gran foca sobre apenas un palmo de agua, de modo que su lomo y cabeza estaban privados de su elemento vital, y únicamente las aletas, el vientre y la cola bañábase en una agua acre y repugnante. Agitaba el monstruo con furia las aletas, revolvió en sus órbitas los pequeños y sanguinolentos ojos, y azotaba aquella inmundicia charca su cola protestando del baldón que se hacía sufrir á aquel príncipe de los mares.

La gente ocupábase alrededor de la artesa para contemplar atónitos tal prodigio, y el francés Mr. Tranchón no cesaba de repetir cada instante:

—«Coidado, señores, no acercarse mucho: á mi comerme una mano.»

Y enseñaba el muñón del brazo derecho á todos los circunstantes, que por un momento dejaban de contemplar al cetáceo para fijarse en Mr. Tranchón.

Entre los curiosos hallábase D. Matías con dos escribientes del arsenal, queriendo aquel convencer á éstos de que la foca no era tal foca sino un hombre metido en una piel de dicho animal.

—«Mirad, mirad—les decía—si fuese foca la cola haría esto—y con los dedos tiesos y estendidos de la mano derecha marcaba la forma de un 8—mientras que ese rabo está así—y daba á su mano un movimiento de arriba á bajo—ese es un pillo, un gabacho, un mal francés—mirando lleno de ira al dueño de la barraca—que nos viene á rapiar los monjes.

—Pero si fuera un hombre metido en una piel—dijo uno de los escribientes—no comería las sardinas que está comiendo.

—Es que tiene un buche de goma, bárbaro—exclamó D. Matías—y el que está ahí dentro ¿sabes quién es?

—¿Quién es?—preguntaron cuántos habían oído á D. Matías.

—Pois es—dijo éste bajando la voz—es Roquin.

Algunos creyeron lo que el tendero decía porque aunque se aventure la idea más utópica é irrealizable siempre habrá en el mundo gente que la crea y que se convierta en defensor acérrimo de un disparate.

Roquin era uno de tantos mozalvetes holgazanes y discolos que en todos los pueblos abundan; hijo de un operario del

arsenal no había querido jamás dedicarse á nada que le hiciera perder su independencia, y se procuraba el sustento ya como intérprete de cuatro palabras inglesas para entenderse con los extranjeros que desembarcaban en el muelle, ya también siendo repartidor de prospectos, esquelas de defunción, etc. Nunca desperdiciaba ocasión de ganar una peseta con tal que no se requiriese esfuerzo físico; así que lo dicho por D. Matías fué creído sin grande obstáculo por algunos.

—¡Carácholis!... voy á gastar dos reales más, pero voy á casa á buscar un pincho—dijo el tendero á los escribientes.—Yo le diré á ese... pillo... jabacho... ¡mal francés!—continuó, mirando á Mr. Tranchón que no cesaba de recomendar:

—«Coidado, señores: no acercarse mucho; á mi comerme una mano.»

—Sí... la mano... ya te daré la mano, pillo—murmuraba D. Matías, enrojecido por la ira y dirigiéndose á la puerta.

No habrían trascurrido cinco minutos desde que marchara el tendero, cuando apareció D. Pablito en el interior de la barraca. Acompañábase un médico de la armada, grande amigo suyo, y como él capellán, decidido partidario de la broma y alegría

Aproximáronse á ver el monstruo y uno de los escribientes dijo al capellán:

—Si viera usted lo que aquí ha pasado...

—¿Qué pasó?—dijo D. Juan lleno de curiosidad.

—Que D. Matías no quiere creer que la foca es foca: dice que es Roquin metido en una piel y que va á casa á buscar un pincho.

—¿Y para qué?

—Supongo—contestó el escribiente—que sea para picar á la foca, mejor dicho, que rrrá picar á Roquin.

—El lance va á ser bueno—exclamó alegrísimo y frotándose las manos el capellán—¡qué D. Matías tan célebre! ¡le digo á usted que es de oro!

Y suspendieron la conversación para escuchar la canturía de Mr. Tranchón que relataba por billonésima vez la pesca del cetáceo y la pérdida de su mano. Hallábanse entretenidos el cura y el médico con tal relato cuando sintieron en sus espaldas una leve presión y oyeron una voz que les decía:

—¡Hola, señores... buenas noches!

Volviéronse y vieron á D. Matías todo sofocado y sudoroso que les pidió permiso para aproximarse al recipiente.

—¿No la ha visto usted?—dijo D. Pablito.

—Sí... ya la ví... buenos bobiches son ustedes—contestó D. Matías irritado.

—¿Y por qué somos bobos?—dijo el médico acercándose al tendero.

—Porque esto no es foca ni nada —y si no, ahora veredes.

Y rápidamente enarboló un bastón en cuyo extremo había atado sólidamente un clavo aguzado, y sin que nadie pudiera detenerle, lo clavó en el lomo del animal. Ya porque éste se sintiera lastimado, ya porque estuviese en un acceso de furor, movió enérgicamente sus patas y cola exhalando terribles gritos de dolor.

—¡Ah gran brrribón! ¡tais-toi! ¡la policia! —exclamó Mr. Franchón queriendo detener á D. Matias.

—Hago contigo lo mismo, gabacho —dijo D. Matias amenazando con aquella bayoneta improvisada al francés— ¿crées tú que somos bobos? lo que tú quieres es monis, monis, eso no es foca, eso es un hombre que está metido en un pellejo.

—¿Un hombrre? ¡sí á mí comerme una mano!—dijo admirado el francés.

—¡Te la habrán cortado por falsificador.. pillo... mal francés!

El alboroto que se produjo fué inmenso: dividiéronse los espectadores en dos bandos, de buena y de mala fé; los del primero creían que la foca era real y verdadera pero viendo á D. Matias que había sido marino, negando rotundamente, surgió en ellos la duda y oponían débil defensa á los del segundo, que como energúmenos daban la razón á D. Matias y decían que aquello era una infamia, que era burlarse de los españoles, etc., etc. El capellan era de los defensores de D. Matias, no así el médico que lo increpaba duramente y quería hacerle ver técnicamente la sinrazón suya.

Y tras mucho disputar y muchos gritos dados por los dos bandos, marchóse orgulloso D. Matias con los escribientes diciendo á voces:

—«Dádele cuartos, sí, dádele cuartos... parese mentira que haya padres que dejen á sus hijos haser estas cosas... ¡Pobre Roquin! ¡vas á coger una reuma que no te vas á lamber!

(Se continuará)

Manuelino José Martínez

|||A LA LID|||

SONETO

Es el mundo un gran campo de batalla
Donde dispuestos á luchar nacemos
Y tras la gloria y el placer corremos
Que fuerte oculta atlética muralla.
¡Hurra mortales! ¡Siga la metralla!
¡Al que viene detrás, los que caemos
De escalones de carne serviremos
Para salvar la formidable valla!
¡No hay tregua apenas: cada vida encierra
Lo más ... cuatro minutos de venturas!
Luchar y más luchar sobre la tierra
Es nuestro lema, humanas criaturas,
Hasta que harto ya Dios de tanta guerra...
¡¡Apague el sol, dejándonos á oscuras!!

ENRIQUE LABARTA POSE.

CHARADAS.

1.

Pedro, *prima dos* de *todo*
Compró con tal abundancia,
Que un *prima tres* precisó
Que se la llevase á casa.

2.

Tres tres tiene tanta *prima*
En mi *todo*, que su hacienda
La puso toda en sus manos,
Y nunca le pide cuentas.

La solución en el próximo número.

NOTA

Dispuesto yá para entrar en máquina el presente número de **La Pequeña Patria**, hemos recibido una detallada y bien escrita biografía de D. Eusebio da Guarda, debida á la pluma de una de las primeras autoridades de la Coruña, Aunque no entra en nuestros propósitos hacer biografías estensas, y sí solo señalar los rasgos más salientes de las personas, cuyos retratos honran nuestra Galería, sentimos, muy de veras, que aquella no haya llegado con la oportunidad necesaria, pues tendríamos verdadera complacencia en darle cabida en las columnas de nuestra Revista, por ser obra de una personalidad tan conocida como apreciada en la ciudad herculina.

Santiago. Imp. de José M. Paredes.

LA PEQUEÑA PATRIA

REVISTA DE CENAL

DE
Literatura Ciencias y

ARTES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Santiago.—Una peseta al mes.

Resto de la Península.—3 pesetas 50 céntimos trimestre.

Ultramar y extranjero.—3 pesos fuertes semestre.

Centro de suscripción en Santiago
Rúa del Villar, 28. (Adm.^o de Loterías.)

No se servirán las suscripciones si no acompaña su importe adelantado en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo de 15 céntimos.

El que se suscriba por 25 ejemplares obtendrá una rebaja del 25 por 100.

Administración
Carretas, 7.

Esta Revista en la que colaboran los mas notables escritores y artistas de Galicia, aparece los dias 10, 20 y 30 de cada mes. en números de diez y seis páginas formando á fin de año un voluminoso tomo, para el que se repartirán anticipadamente á los suscriptores el índice y por toda correspondientes.

Publicanse en ella retratos y biografías de gallegos distinguidos, piezas musicales de tres en tres meses, y grabados, de cuando en vez, reproduciendo escenas, paisajes, costumbres, monumentos ú obras de arte, que por cualquier concepto merezcan los honores de la publicación.

REDACCION.—Carretas 20.—SANTIAGO

GALICIA HUMORISTICA

REVISTA QUINCENAL

DE

costumbres, cuentos, agudezas, anécdotas y tipos gallegos—novelas homeopáticas y poesías festivas—ciencias y artes (desde el punto de vista cómico.)—Acertijos, cantos populares, charadas y geroglíficos.

El primer tomo de esta Revista, que constituye un volúmen de 400 páginas con abundante lectura, grabados y piezas musicales, se halla de venta en la Administración de La Pequeña Patria, al precio de 6 pesetas para los suscriptores, y de 7 pesetas y 50 céntimos para los que no lo son.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE.

Véndese este libro al precio de 2 pesetas 50 céntimos, para los suscriptores á La Pequeña Patria, y al de 4 pesetas para los que no lo son.

Los pedidos al autor,

Carretas 20.—Santiago.